

LA MUJER EN LOS LIBROS SAPIENCIALES Y PROFÉTICOS

GUADALUPE SAIZ MUÑOZ
Universidad de Granada

Los libros bíblicos llamados sapienciales —siete en total, incluidos los deutero-canónicos— y los proféticos —diecisiete según el canon católico—, es decir, todos los que no son Historia y Leyes, contienen: Religión en general, Teología, Filosofía, Pedagogía y Ética, materias de suma importancia, pertenecientes al grupo de las ciencias denominadas noológicas, de gran valor para el ordenamiento social y político de los grupos humanos y complemento de los deberes que atañen al hombre y a la mujer, en la esfera teórica, intelectual y moral.

Vamos, pues, a internarnos en una selva florida a veces, enmarañada otras, pero siempre lo bastante iluminada para deducir un copioso sartal de deberes y de derechos por lo que a la mujer se refiere.

Aspectos sociales

a) Religiosidad

Aún cuando las mujeres no estaban obligadas a realizar ciertas prácticas religiosas, no por ello se encontraban al margen de la religión en Israel. Por el contrario, las hallamos muchas veces estrechamente vinculadas a ella, con una intervención más o menos directa, mas siempre con repercusión en la vida social. No hay que olvidar, según veremos posteriormente, que las mujeres fueron en ocasiones las inductoras a la idolatría.

En los libros sapienciales y proféticos descubrimos una serie de referencias que confirman lo que acabo de decir.

En J1¹ 2²⁸⁻²⁹ aparecen los hombres y las mujeres con el mismo carisma profético:

1. Para las citas bíblicas utilizo la traducción de Nacar-Colunga (Madrid, Editorial Católica, S.A., 1952²). En lo sucesivo me referiré a ella con las siglas N-C. Asimismo las abreviaturas de los libros del Antiguo Testamento son las del Círculo de Estudios Bíblicos de Granada.

“Después de todo esto derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos tendrán sueños, y vuestros mozos verán visiones. Aun sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días”.

En dos ocasiones el profeta Jeremías habla de la reina del cielo² dándole la misma categoría que a los demás dioses paganos, (cfr. Jr. 7¹⁸⁻¹⁹ y 44¹⁷⁻¹⁹). Asimismo en Nah. 2⁷ también se nos habla de una reina, aunque ahora se la llama “reina” de Nínive.³

b) Relaciones con el prójimo

La mujer israelita considero que no se encuentra en ningún caso y bajo ningún concepto relegada a un papel secundario o enclaustrada en un “harén”. Por el contrario, ella aparece en público con tal frecuencia que nos obliga a pensar que no son excepciones, sino costumbres arraigadas.

En los libros sapienciales y proféticos (los cuales directa o indirectamente hacen referencia a sucesos, personajes y ordenamientos de la Historia de Israel) se nos presenta a la mujer gozando de una cierta libertad de acción y de gran consideración social. Esto lo podemos comprobar en el libro de Job, en donde sus hijas aparecen repetidas veces en público: “Acostumbraban sus hijos a tener banquetes en sus casas, cada uno en su día, invitando a sus tres hermanas a comer y beber con ellos” (Jb. 1³). Y un poco más adelante se nos vuelve a decir: “Y sucedió un día en que estaban sus hijas y sus hijos comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano primogénito...” (Jb. 1¹³).

Jeremías no sólo no menosprecia a las mujeres, sino que incluso se dirige a ellas directamente en 9¹⁷ y las iguala a los hombres en 44^{24ss}.

Una costumbre que tiene gran trascendencia política y social es la de que no son olvidadas las mujeres a la hora de repartir el botín de guerra, a pesar de que ellas no iban a luchar a los campos de batalla. Esto aparece claramente en Sal. 68¹³ en el cual se afirma: “Aun la mujer casera participa del botín”.

En Is. 4^{1ss} se relata un curioso episodio propiciado por las numerosas muertes de varones que con frecuencia e inevitablemente se producían en las guerras. Tal mortandad selectiva trae como consecuencia el posterior desequilibrio existente entre el número de mujeres y de hombres. Para evitar que haya mujer sin marido, y por lo tanto sin hijos (lo cual suponía un oprobio en Israel y en general en todo

2. “La ‘reina del cielo’ era Istar, la estrella de Venus, la gran divinidad del panteón semita” (N-C, p. 860).

3. “Esta reina debe de ser Istar, la gran divinidad de Asiria” (N-C, p. 1013).

Oriente), siete mujeres deciden compartir uno de los varones supervivientes a las matanzas de una determinada guerra. Ellas obran con gran libertad e incluso renuncian a los derechos respecto de su marido que la ley les concede.⁴

La igualdad entre hombres y mujeres aparece reflejada de forma clara en varias ocasiones, por ejemplo: Jr 34⁹⁻¹¹, Jl 3⁸, Zc 8^{4ss}, Br 4^{10,14}.

En Am 4 se habla del lujo y desenfreno de las mujeres de Basán, a las que califica con el despectivo nombre de “vacas” a causa de sus desmanes. Su comportamiento demuestra la gran libertad con la que ellas actuaban, de lo contrario no les hubiera sido posible llevar tal tipo de vida: “Oid esto, vacas de Basán, que moráis en la montaña de Samaria, oprimís a los débiles, maltratáis a los pobres y decis a vuestros señores: Trae que bebamos” (Am 4¹).

c) Relaciones y deberes matrimoniales

En la ley mosaica se desaconseja la poligamia, aunque se tolera, a fin de conseguir la más perfecta unidad en el matrimonio. Esto se debe a que es una institución tenida en gran estima e incluso veneración por los isrealitas, quienes la consideran la base de la sociedad.

La comprensión y armonía conyugal es esencial para la felicidad y los fines del matrimonio, por lo que en los libros sapienciales y proféticos, al igual que en el resto del texto sagrado, se dan gran cantidad de consejos a los esposos. A modo de ejemplo entresacaré unos pasajes: “Goza de la vida con tu amada compañera todos los días de la fugaz vida” (Ecls. 9⁹ e incluso llega a afirmar: “Yahvé toma la defensa de la esposa de tu juventud, a la que has sido desleal, siendo ella tu compañera y la esposa de tu alianza matrimonial” (Ml. 2¹⁴). Este es un versículo en el que se recalca la importancia del vínculo matrimonial y del amor entre los esposos. En Eclo. 25² el autor sagrado dice que las tres cosas más gratas para el alma son: “La concordia entre hermanos, la amistad entre prójimos y la armonía entre mujer y marido”.

Para que la unión sea perfecta es importante la elección de esposa y a ello se dedican varios capítulos de la Biblia. Por ejemplo: “La mujer acepta el marido que le dan, y hay entre ellas unas mejores que otras. La belleza de la mujer alegra el rostro del marido y aumenta el deseo de poseerla. Si tiene palabras suaves y amables su marido es dichoso. El que tiene mujer tiene un gran bien, ayuda a él conveniente y columna en que apoyarse. Donde no hay valla es depredada la hacienda, y donde no hay mujer anda el hombre gimiendo y errante” (Eclo. 36²³⁻²⁷). “El que halla una buena mujer halla un tesoro, ha recibido un gran favor de Yahvé” (Pr. 18²²). “La mujer es prudente es gloria de su marido, trono de deshonra es la mujer que aborrece la justicia” (Pr. 11¹⁶).

4. Cfr. mi artículo “La mujer isrealita en la legislación mosaica” en MEAH (Granada), XX fasc. 2^o (1971) pp. 39-48.

De la acertada elección de esposa depende la paz familiar e incluso social, debido a que la mujer israelita no era mero objeto de placer, sino que ejercía gran ascendiente sobre su esposo. En múltiples ocasiones las encontramos aconsejándole, no siempre de manera deseable y certera. Así, por ejemplo, leemos: “Díjole entonces su mujer: ¿Aún sigues aferrado a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!” (Jb. 2⁹⁻¹⁰).

Quizás Pr. 31¹⁰⁻³¹ (el elogio de la mujer fuerte) sea el lugar en el que con más entusiasmo se alabe a la mujer que cumple con su deber. Aquí no desempeña un papel pasivo, sino que casi lleva las “riendas” de su hogar: “Ella se procura lana y lino y hacen las labores con agrado sus manos. Es como nave de mercader, que desde lejos se trae su pan. Todavía de noche se levanta, y distribuye a su familia la pitanza, y da órdenes a sus criadas. Cavila sobre un campo, y lo compra y con el fruto de sus manos planta una viña” (Pr. 31¹³⁻¹⁶). Estos versículos son el resumen del ideal de esposa en los tiempos bíblicos, y no podemos considerar que aspiraban a poco y se conformaban con cualquier tipo de mujer. Por el contrario, querían que fuese emprendedora y valiente, casi como un hombre - me atrevería a decir .

Pero el autor sagrado no se limita a exponernos sus cualidades, sino que continúa diciendo: “Conocido es en las puertas⁵ su marido cuando se sienta entre los ancianos del país” (ítem. v. 23); “Alzarse sus hijos y la aclaman bienaventurada, y su marido la ensalza” (ítem. v. 28).

En todo lo que acabamos de leer comprobamos las grandes repercusiones sociales que puede tener una mujer valiente, pues da fama y realce a su casa, esposo e incluso a su comunidad social.

Mas la Biblia no sólo habla de las mujeres virtuosas, sino que también dice que una mujer perversa es el peor castigo que le puede ocurrir a un hombre. Ellas lo llevan al abismo y destrucción física y espiritual. Tanto en los libros sapienciales como en los proféticos se hace mención a algunas de ellas; por ejemplo en Pr. 30²⁰ leemos: “Este es el obrar de la mujer adúltera..” (cfr, ítem Eclo. 23³²⁻³⁷).

En varias ocasiones se menciona a las prostitutas —dándoles diversos nombres— lo que nos induce a creer que estaban, si no permitidas, sí al menos toleradas, a pesar de que Moisés prohibió terminantemente la prostitución en Israel, considerándolo el peor daño para el pueblo. Por ejemplo, en el Deuteronomio se dice: “Que no haya prostituta de entre las hijas de Israel, ni prostituto de entre los hijos de Israel” (23¹⁷).

En general, cuando se hace mención a las prostitutas se les confiere el nombre

5. “Las puertas de las ciudades eran el lugar de reunión del pueblo” (N-C p.716).

6. El hecho de que la Biblia hebrea a la prostituta se la denomine *nakríya*^h —que significa “extraña”, “extranjera” (por ejemplo en Rt. 2¹⁹ se afirma: “Postróse Rut, rostro en tierra, y dijo: ¿De dónde a mí haber hallado gracia a tus ojos y serte conocida yo, una mujer extraña?”)— tal vez quiere indicar que entre las hijas de Israel no las había, sino que por el contrario se dedicaban a tal “menester” sólo las de otros países, por ejemplo las cananeas.

de “extrañas”:⁶ “Te preservarás de la mujer ajena, de la extraña que halaga con sus palabras” (Pr. 21⁶) (cfr. ítem Pr. 6²⁹ y 7⁵). Más expresivo es el texto siguiente: “Sima profunda es la ramera y pozo estrecho la extraña. También ella, como el ladrón, está al acecho y multiplica entre los hombres los prevaricadores” (Pr. 23²⁷⁻²⁸) (cfr. ítem 7¹⁰⁻²⁷, 29³, Br. 6¹⁰).

El capítulo 26 del Eclesiástico es muy importante para comprobar las inmensas diferencias existentes entre la mujer virtuosa y la que no lo era, pues en todo él se establece un paralelo entre ambas: “Dichoso el marido de una mujer buena; el número de sus días será doblado” (v.1.), “la mujer de valer es una fortuna; los que temen al Señor la tendrán” (v. 3), “la mujer mercenaria es el desecho; la casa es torre de muerte para quien se le acerca; la mujer impía es el castigo del indigno; la piadosa, el premio del que teme al Señor” (vs. 28-19), “la mujer que honra a su marido es de todos tenida por sabia; la que lo desprecia es por todos conocida por impía” (v. 32), etc.

d) Relaciones y deberes con los hijos

Si inmensa es la importancia que la esposa representa para su marido, aún se podría afirmar que es mayor el ascendiente de la madre sobre sus hijos, tal como aparece en los libros sapienciales y proféticos.

Moisés, en el Decálogo, prescribe con exactitud los deberes que incumben con respecto al padre y a la madre, y esa misma actitud es la que desarrolla en los libros que estamos tratando; así en repetidas ocasiones se afirma: “Y como el que atesora es el que honra a su madre”. (Eclo. 3⁵); “El que obedece al Señor es consuelo de su madre” (ítem v.8); “Acuérdate de tu padre y de tu madre cuando te sientes en medio de los grandes” (Eclo. 23⁸); “Escucha a tu padre, el que te engendró, y cuando envejeciera tu madre no la desprecies” (Pr 23²²) “El que maltrata a su padre y ahuyenta a su madre es un hijo infame y deshonesto” (Pr.19²⁶).

Muchas veces, como especificativo de la persona, no se nombra al padre, sino a la madre, por ejemplo: “Vuélvete hacia mí y ten piedad de mí; fortalece a tu siervo y salva al hijo de tu esclava” (Sal. 86¹⁶), (cfr. ítem 116¹⁶). “Sentado, hablas contra tu hermano y contra el hijo de tu madre esparces la calumnia” (Sal. 50²⁰). “He venido a ser extraño para mis hermanos, y extranjero para los hijos de mi madre” (Sal. 69⁹).

Pero no siempre esa mención de la madre repercute en favor del hijo o de ella misma, sino que a veces se hace de manera peyorativa o incluso insultante: “Pero los hijos de las adúlteras no lograrán madurez la descendencia de la unión ilegal desaparecerá” (Sb. 3¹⁶). Para demostrar que las acciones de las mujeres repercuten muy directamente en la vida futura de sus hijos, incluso en sus relaciones sociales y profesionales, sigue diciendo el autor sagrado: “Y aun si alcanzan larga vida, serán tenidos en nada, y su ancianidad será al fin deshonesto” (ítem. v. 17)

En el primer capítulo de Proverbios existe un consejo de gran importancia,

pues, no sólo iguala la madre al padre, sino que da por sabido el hecho de que es una mujer prudente e inteligente: “Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre y no desdeñes las enseñanzas de tu madre” (1⁸).

Pero la madre no sólo tiene facultad de aconsejar y enseñar a sus hijos, sino que también puede castigarlos e incluso maldecirlos, al igual que el padre: “Porque bendición de padre afianza la casa del hijo, y maldición de madre la destruye desde sus cimientos” (Eclo. 3¹¹).

Aspectos políticos

a) Relaciones con los reyes y magnates

A pesar de que los libros sapienciales y proféticos no giran alrededor de la Historia de Israel o sólo ocasionalmente la refieren, también en ellos se vislumbra la eficaz acción de la mujer en las cortes reales, y su nombre va con frecuencia unido al de un monarca. A modo de ejemplo entresaco el siguiente versículo: “Excitado por el vino, mandó Baltasar que le llevaran los vasos de oro y plata que Nabucodonosor, su padre, había tomado del templo de Jerusalén, y que su sirviesen de ellos para beber el rey y sus príncipes, sus mujeres y sus cucubinas” (Dn. 5²), (cfr. ítem v.3).

En otras ocasiones no se conforma el autor sagrado con una simple mención, sino que hace constar expresamente su título de “reinas”: “Di al rey y a la reina...” (Jr. 13¹⁸); “Después de haber salido Jecocías, el rey, la reina, los eunucos;...” (Jr. 29²); “La reina, llevada del clamoreo del rey y de los príncipes, entró en la sala del banquete, y tomando la palabra, dijo: Vive por siempre, ¡oh rey!,...” (Dn. 5¹⁰).

En el capítulo tercero del Cantar de los Cantares se alude a un hecho de gran relevancia, pues de él se deduce la decisiva intervención de su madre en la coronación de Salomón: “Salid, hijas de Sión, a ver al rey Salomón con la diadema de que le coronó su madre...” (v. 11).

En Proverbios se dice explícitamente que Lemuel, rey de Masá, aprendió mucho de boca de su madre: “Sentencias de Lemuel, rey de Masá, sentencias que le enseñó su madre” (31¹).

Dentro de la esfera política cabe asimismo recordar una bárbara costumbre de las guerras, que acarrea un grave castigo divino: “Así habla Yahvé: Por tres pecados de Edom y aun por cuatro no revocaré yo (mi fallo). Por haber abierto en canal a las encintas Galaad para extender su territorio, yo encenderé fuego en los muros de Rabbá,...” (Am. 1¹³⁻¹⁴).

b) Inducción a la idolatría

En el primer apartado—religiosidad— ya dije que la mujer no estaba de ningún modo excluida de la esfera religiosa y de sus múltiples derivaciones. Frecuentemen-

te la vemos intervenir en los momentos religiosos más solemnes. Pero su acción no siempre favorece al fervor religioso, sino que en ocasiones son ellas las que introducen la idolatría y costumbres paganas en el pueblo de Israel, y debido a su intervención acarrearán las mayores desgracias, no solo humanas sino también sobrenaturales.

Ateniéndonos a los libros sapienciales y proféticos, hallamos con harta frecuencia a la mujer ejerciendo el papel de tentadora. En ocasiones ofreciendo sacrificios a los dioses paganos: “Entonces todos los hombres, sabedores de que sus mujeres ofrecían incienso a los dioses ajenos, y todas las mujeres, reunidos en gran asamblea...” (Jr. 44¹⁵). O llorando por otro dios: “Me condujo a la entrada de la puerta de la casa de Yahvé del lado norte, y estaban allí dos mujeres sentadas, llorando a Tammuz” (Ez. 8¹⁴).

Ezequiel habla incluso de profetisas falsas y contra ellas lucha: “Y tú, hijo del hombre, pon tus ojos en las hijas de tu pueblo que profetizan a capricho suyo, y profetiza contra ellas” (13¹⁷).

El gran ascendiente que tienen las esposas sobre sus maridos se deduce de la prohibición, ya expresada en la ley mosaica (cfr. Dt. 7³) de los matrimonios con mujeres paganas, que en todo momento son desaconsejados, pues ellas pueden inducir a la idolatría a sus esposos: “Pérfido es Judá, y en Israel y en Jerusalén se cometen abominaciones, pues Judá profana lo consagrado a Yahvé, lo que El ama, casándose con hijas de un dios extranjero” (Ml. 2¹¹).

La mujer como símbolo

Aunque no son los únicos, en los libros sapienciales y proféticos se toma a la mujer como símbolo o personificación de las entidades o cosas más sagradas con mayor frecuencia que en el resto de la Biblia, debido a su carácter poético. Al no hablarse de mujeres ni de hechos concretos he creído conveniente dedicar un apartado especial a este tema.

A la sabiduría siempre se la compara con una mujer: “Dí a la sabiduría: Tú eres mi hermana...” (Pr. 7⁴). Refiriéndose a la misma cualidad en la Biblia leemos: “La amé y la busqué desde mi juventud, procuré desposarme con ella enamorado de su virtud” (Sb. 8²); “Como madre le saldrá al encuentro y como esposa virginal le acogerá. Le alimentará con el pan de la inteligencia...” (Eclo. 15²⁻³).

Pero es preciso reconocer que la necedad también viene representada por una figura femenina: “Señora necedad es alborotadora, es ignorante, no sabe nada” (Pr. 9¹³).

7. “Tammuz es el mismo dios babilónico, muy venerado en Grecia bajo el nombre de Adonis, el joven amante de Venus, que la fábula decía muerto por un jabalí y cuya muerte lloraban las mujeres” (N-C, p. 924).

Sión es comparada en varias ocasiones con una parturienta: “Antes de ponerse de parto ha parido; antes de sentir los dolores dió a luz u hijo...” (Is. 66⁷), (cfr. ítem Is. 54, Jr. 6²²⁻²⁶).

Yahvé, asimismo, es simbolizado por una madre: “Sión decía: Yahvé me ha abandonado, el señor se ha olvidado de mí. ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas?” (Is. 49¹⁴).

A Israel la considera casada con Yahvé y la recrimina por no cumplir de forma adecuada con sus deberes matrimoniales: “Porque desde antiguo quebrantaste tu yugo, rompiste tus coyundas y dijiste: No serviré, pues sobre todo collado alto y bajo todo árbol frondoso te acostaste y prostituiste” (Jr. 2²⁰).

Para referirse a las ciudades y pueblos el autor sagrado siempre utiliza a la mujer como símbolo: “Y me sacó de las puertas de la muerte, para poder cantar tus alabanzas en la puertas de la hija de Sión...” (Sal. 9¹⁵) (cfr. ítem 73²⁸, Is. 60⁴). “Hija de Babel, destinada a la devastación...” (Sal. 137⁸).

Las naciones que no cumplen la ley de Dios contundentemente son denostadas en la Biblia, llegando incluso a equipararlas con las meretrices. Así podemos leer: “Había dos mujeres hijas de la misma madre. Se prostituyeron en Egipto al tiempo de su mocedad; allí fueron estrjados sus pechos y manoseando su seno virginal. Llamábase Oholá la mayor; su hermana, Oholibá. Fueron más y parieron hijos e hijas. Oholá es Samaria; Oholibá, Jerusalén ...” (Ez. 23^{2ss.}) (cfr. ítem 16^{30ss.} y Nah. 3⁴⁻⁵).

Finalmente, para poder entender de manera correcta el desconcertante episodio narrado al comienzo del libro de Oseas hay que tener muy presente que con gran frecuencia en la Biblia la mujer es utilizada como símbolo, y asimismo recordar que al autor sagrado le guía siempre el propósito de censurar cuanto considera censurable. Este libro bíblico se inicia con el matrimonio, por orden divina, del profeta con una prostituta. Tal mujer pública representa y encarna al pueblo de Israel, al pueblo elegido por Dios que en esos momentos era infiel a los designios divinos a causa de sus constantes idolatrías. Los hijos dados a luz por esta ramera simbolizan a los israelitas, a los cuales Dios rechaza y no quiere considerar como hijos suyos por haber sido engendrados en el pecado.